

La Misión de Calamajué: su historia, arqueología y entornos

*Antonio Porcayo Michelini
Centro INAH Baja California*

Introducción

La Misión de Calamajué, penúltima en ser fundada por los jesuitas antes de su expulsión en 1767, tuvo una existencia efímera. Desde el punto de vista arqueológico – y como parte de un esfuerzo misional antes y después de su fundación – su conocimiento es importante, ya que precisamente el corto periodo que fue utilizada resultó en la existencia de marcadores arqueológicos “congelados” e inalterados del tiempo misional jesuita, que tras su estudio y comparación nos permitirán entender mejor los contextos misionales a lo largo del Camino Real Misionero de las Californias, pero sobre todo el de las misiones que se encuentran en el actual Estado de Baja California.

Ubicación geográfica

Los restos de la misión de Calamajué se encuentran en el Desierto Central del actual Estado de Baja California, en el Área Natural Protegida Valle de los Cirios, a un poco más de 30 km del Golfo de California (Figura 1). Fue edificada al sur del arroyo que lleva su nombre, entre las sierras La Asamblea al sur, y de Calamajué y San Francisquito al oeste y norte, aproximadamente en el paralelo 29° 26'. La bahía que ahora lleva su nombre antes era conocida con el nombre de San Juan y San Pablo, nombre dado por su descubridor el padre jesuita Fernando Consag (Barco 1988:346).

Historia de su fundación

Calamajué surge principalmente como una necesidad logística y de seguridad para los jesuitas, tras el descubrimiento por parte del jesuita Wenceslao Linck del paraje donde los franciscanos fundaron, posterior a la expulsión de la Compañía de Jesús, la Misión de San Fernando Velicatá. Debido a que el paraje de Velicatá estaba muy distante (60 leguas) de la ya consolidada para ese entonces Misión de San Borja, esto dejaba entre las dos a “mucha gentilidad a las espaldas que haría arriesgada y difícil la comunicación con las demás misiones, la que fácilmente podían enteramente cortar, en caso de no querer sujetarse, y de hacer guerra a los españoles, quedando el padre misionero y su escolta sin socorro” (Barco 1988:345).

Así se determinó que era vital fundar una misión en la “medianía” para lograr de manera segura establecer el esfuerzo misional en Velicatá (Figura 2). El paraje seleccionado se encontraba inmediato al arroyo que los indígenas denominaban “Calañujuet”, descubierto años antes por el padre Fernando Consag en el año de 1753 y quien desde entonces dio a conocer las raras cualidades de sus aguas agrias al tomarse (Barco 1988:346).

Se escogió el paraje porque se pensaba que con esas aguas se podrían regar algunos cultivos



Figura 1. Ubicación general de la Misión de Calamajué.



Figura 2. Ubicación de las misiones de San Fernando Velicatá y San Francisco de Borja con relación a la de Calamajué.



Figura 3. Manantial de Calamajué (foto: Antonio Porcayo).

para sostener mínimamente la misión, y para tomar se contaba con el de unas tinajas que tenían agua de lluvia, además de que había tule para techar las casas que se edificaran (Barco 1988) (Figuras 3 y 4).

Los jesuitas encargados para tal fin fueron los padres Victoriano Arnés y Juan José Díez, el primero aragonés y el segundo de la Ciudad de México y hablante de lengua cochimí, quienes arribaron al lugar el 14 de octubre de 1766. Además, iban con ellos 10 soldados para protegerlos de los indígenas y 50 neófitos que eran de San Luis Gonzaga, al norte de Calamajué, pero que habían sido bautizados años antes en la misión de San Francisco de Borja, y entre el que se encontraba uno que fue nombrado por los españoles gobernador de los indios de Calamajué, llamado Juan Nepomuceno, temido y respetado por todos los indígenas de la región (Barco 1988:347).

Del Barco menciona que la misión estaba compuesta por tres edificaciones fabricadas con adobes: una para guardar los víveres o almacén, otra era para la capilla y la tercera para habitación de los padres. Sin embargo, Clavijero (2007:225) menciona una cuarta – tal y como se ven actualmente con los cuatros montículos existentes – que era la casa de los soldados, aunque ambos coinciden que la única puerta de madera disponible fue destinada al almacén.

Una vez que comenzaron a cultivar el trigo fueron notando que al ir regando la tierra se tornaba salitrosa, secándolo. También al lavar su ropa blanca la “gastaba y consumía”. Solamente como cualidad única del agua menciona Del Barco que los frijoles y otras semillas quedaban muy blandas al cocerlas (Barco 1988:348).

Los terrenos en los alrededores, carentes de cubierta vegetal para el ganado, tampoco favorecieron a la misión, y se menciona que se introdujo ganado menor para tratar de aprovechar la poca yerba cercana a los agujajes, pero éste se lo acabó rápidamente y murió de frío (Barco 1988).

Pasados los meses el padre Juan Díez enfermó, probablemente por el agua, quedando solo el padre Victoriano Arnés, quien aparte de estar ocupado buscando un mejor paraje para mudar la misión, tuvo que enfrentar una rebelión de algunos indígenas de la ranchería de Calamajué,



Figura 4. Paraje y terraza aluvial sobre la que se encuentra la misión (foto: Antonio Porcayo).

inconformes por haberse quedado sin mujeres, pues después de bautizadas se alejaban de ellos, de sus “malas costumbres y libertad gentilica”. Arnés con ayuda de Juan Nepomuceno sofocó el conato de rebelión (Barco 1988:350).

Para el 26 de mayo de 1767 el padre Victoriano Arnés encontró un paraje para trasladar la fracasada misión de Calamajué que tuvo una existencia de poco más de siete meses, en un lugar denominado Cabuja-Camang (Barco 1988:351), donde se fundaría la última misión jesuita antes de su expulsión: Santa María de los Ángeles (Figura 5).

Tras la expulsión de los jesuitas ejecutada en 1768, el paso de los franciscanos fue también efímero. Es el momento en el que la Misión de Calamajué está ya abandonada y es conocida por ellos como Misión Vieja de Santa María Calamajué (Crespí 2001:176). El 18 de marzo de 1769 el primer franciscano en conocerla fue Fray Juan Crespí de quién existe una descripción de ésta y su entorno: “Como había llegado de noche no havia visto lo que era esto, y me quedé admirado al mirar todo tan pelado, unas serranías mui altas y todo lo demás sin ver más que peñas y la pura tierra; y si esto no es tierra de minerales, no sé qué decirme porque no se ve un palito o sacate necesario” (Crespí 2001: 176) (Figura 6).

En mayo del mismo año el ahora Santo, Junípero Serra, menciona que dio misa el día 4 en la antigua misión de Calamajué, en la iglesia ya abandonada y en ruinas.

Tras su total abandono la misión de Calamajué y sus entornos han sido visitados continuamente por exploradores, mineros, investigadores y trotamundos que han ido dejando una serie de descripciones a lo largo del tiempo. Entre ellos encontramos una primera visita en 1792 efectuada por Don José Longinos Martínez, enviado por el Rey Carlos III, expulsor de los jesuitas, encargado de hacer una colección botánica, y quien menciona haber visto la misión abandonada y las aguas agrídulces con “sabor a selenita aluminosa y ácido vitriólico”, así como que “el agua pasó por su organismo con más rapidez que cualquier medicina” (Álvarez de Williams 2001:27).

Anita Álvarez de Williams (2001) menciona que en 1843 estuvo ahí James Hunter Bull, quien describió la riqueza de oro, plata, hierro, cobre y antimonio. Crosby hace referencia también de que en 1850, Castillo Negrete mencionó que el lugar donde nacían las aguas de Calamajué era

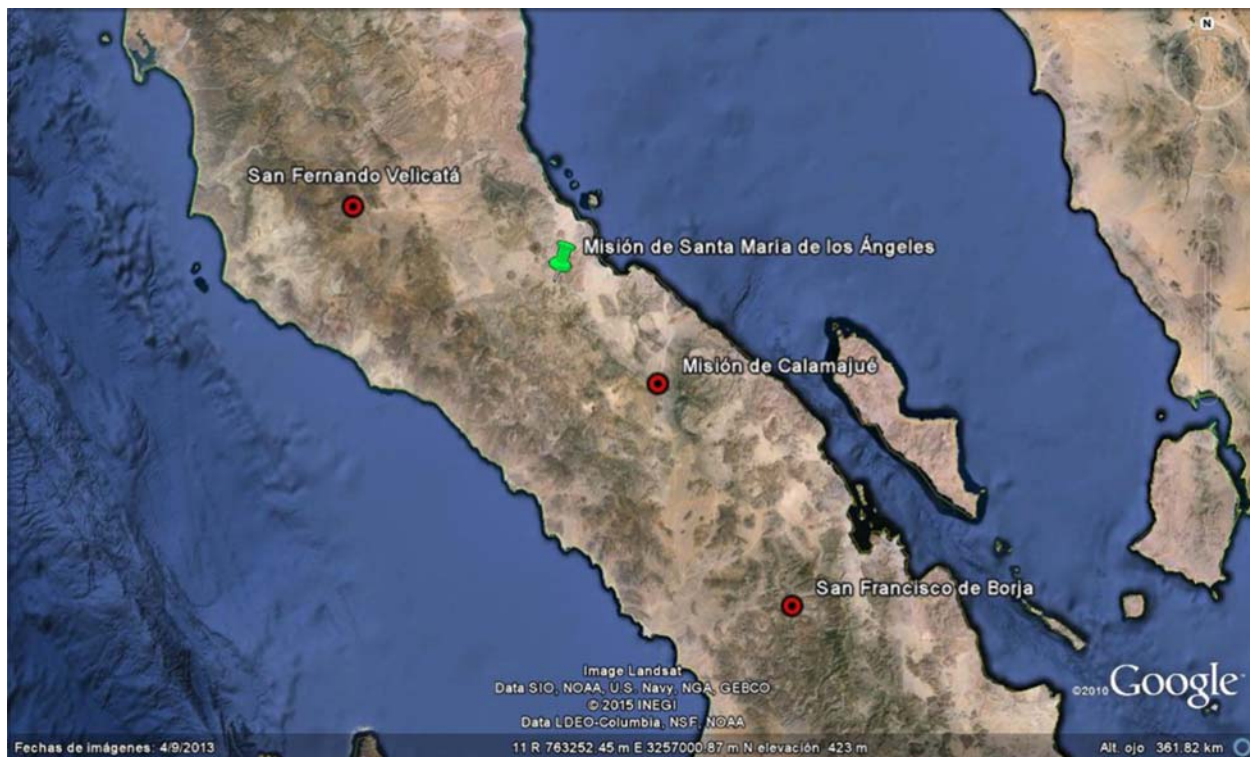


Figura 5. Ubicación general de la Misión de Santa María de los Ángeles.



Figura 6. Entorno árido y agreste de la Misión de Calamajué (foto: Antonio Porcayo).

conocido como El Volcán (Crosby 1974:155).

Aunque Anita Álvarez de William y Harry Crosby no lo mencionan en sus trabajos de Calamajué, en 1856 salió publicado el volumen de *Itinerarios y derroteros de la República Mexicana* escrito de los Ayudantes del Estado Mayor del Ejército: José J. Álvarez y Rafael Durán, trabajo surgido después de la pérdida de gran parte del territorio nacional, para el establecimiento de itinerarios fijos para el movimiento de tropas y pobladores destinados hacia la frontera nacional para su defensa (Mathes 1983:35). En dicho itinerario y derrotero se hace referencia de la presencia de las famosas “aguas malas” del arroyo de Calamajué, las ruinas de la misión, las minas de “Hernández” y al parecer la primera mención de que se distinguía bien el camino trazado por los jesuitas, cruzando el arroyo de Calamajué, en dirección a Santa María de los Ángeles (Mathes 1983:41).

Posteriormente hubo varios “denuncios mineros” en la zona. Harry Crosby hace referencia también de un minero de nombre William Gabb (de quién se hablará más adelante), quien describe e infiere el uso de las ruinas de la Misión de Calamajué en el momento que le tocó verlas en 1866 (Crosby 1974:156). En 1874 por el Sr. Mario Osuna; 1890 el inglés George Box. En 1905 y 1906 durante su exploración científica Edward Nelson encontró al minero inglés Dick Dagget y sus mineros indígenas en la Bahía de Calamajué. En 1906 Arthur W. North visita Calamajué y el campo minero del Sr. Dagget, y al parecer el último que explotó la riqueza minera de la zona fue el Sr. Raúl Salas Torres de Tijuana (Álvarez de Williams 2001:27, 28).

Posteriormente otros investigadores han visitado la misión, ente ellos está Anita Álvarez de Williams quien estuvo ahí entre 1973, 1978 y 1990, y cuyo trabajo ya fue mencionado; y como parte del Camino Real de las Californias, Harry Crosby también estuvo ahí, y menciona que pese a que en la *Guía* de Gerhard y Gulick se asegura que las aguas donde nace el agua de Calamajué no son nocivas para la salud, tras probarlas tanto él como sus mulas no lo volvieron a intentar (Crosby 1974:155). Crosby menciona que la mina que se encuentra frente a la misión de Calamajué era de Richard Dagget, y que entre Calamajué y las Arrastras de Arreola se encontraban, bajo la entonces terracería, restos del Camino Real de los jesuitas a Santa María de los Ángeles (Crosby 1974:156).

Trabajos de mapeo de la misión

Hasta antes del presente trabajo solamente se contaba con tres mapas sobre las estructuras que conforman la misión de Calamajué. El primero se encuentra en el *Catálogo nacional de monumentos históricos para el Estado de Baja California* del año 1986 (De La Torre y Siller 1986) (Figura 7). El segundo se efectuó en 1997 en el marco de los trabajos del CINAHBC – PROCEDE elaborado por la Sección de Monumentos Históricos del Centro INAH Baja California (Figura 8). El tercero por Edward W. Vernon en 1999 (Vernon 2002) (Figura 9). El primero presenta tres estructuras misionales; el segundo presenta tres estructuras conformadas por montículos y dos más sin indicación alguna. El último, cuatro estructuras. En todos éstos se indican otras estructuras circulares o corrales que varían en número y no se sabe todavía si estos podrían ser misionales o posteriores.

Antecedentes arqueológicos

Hasta el momento, ningún trabajo arqueológico se ha llevado a cabo en la Misión de Calamajué, y por lo mismo no se han realizado excavaciones arqueológicas en busca de rasgos

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA DIRECCIÓN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS		FICHA NACIONAL DE CATALOGO DE BIENES INMUEBLES																
Calle y Num.		Número edificación: Calamajué																
1. LOCALIZACIÓN	Estado: Baja California Municipio: Ensenada Localidad: Calamajué Calle y número: Ver ficha de localización número 1 Ensenada	Uso original: Habitación Uso actual: Habitación Específico: XVI, XVII, XVIII, XIX, XX																
2. IDENTIFICACION		4. ASPECTOS LEGALES	Exposición: Propiedad Federal															
3. CARACTERÍSTICAS	(Mater. predominante y Estado de Conservación) Fachada principal: Muro: Adobe Entreepis: Cubierta: Loma contra-piso: Forma cubierta:	<table border="1"> <tr><td>E</td><td>H</td><td>M</td></tr> <tr><td></td><td></td><td></td></tr> <tr><td></td><td></td><td></td></tr> <tr><td></td><td></td><td></td></tr> <tr><td></td><td></td><td></td></tr> </table> No. de muros: Otros elementos: Ancho (metros):	E	H	M													5. CONTEXTO INMEDIATO Aislado
E	H	M																

Figura 7. Mapa del *Catálogo Nacional de Monumentos Históricos para el Estado de Baja California* del año 1986 (De La Torre y Siller 1986).

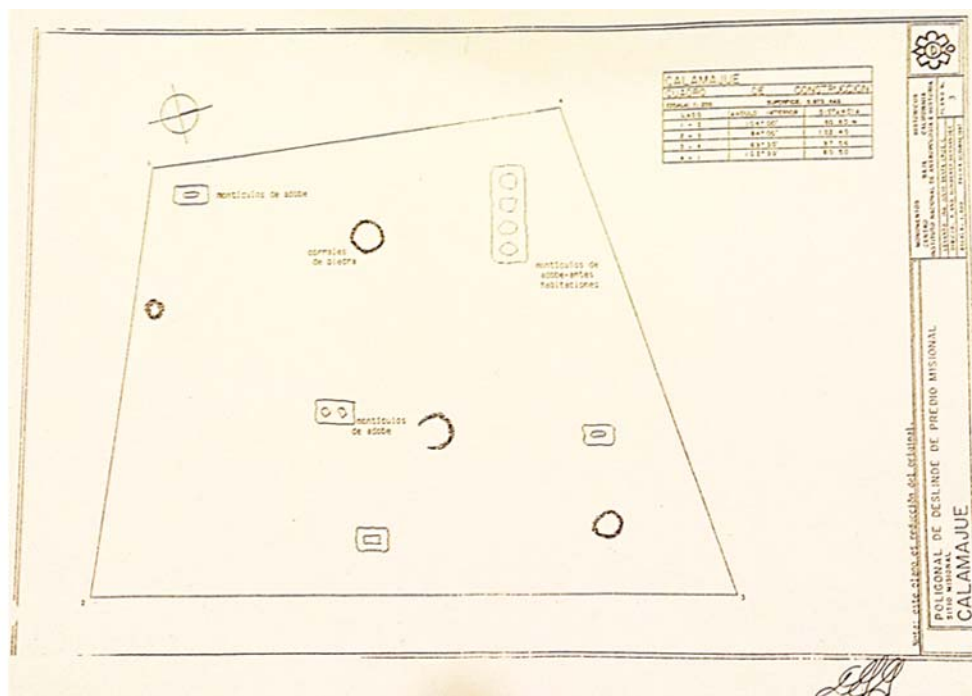
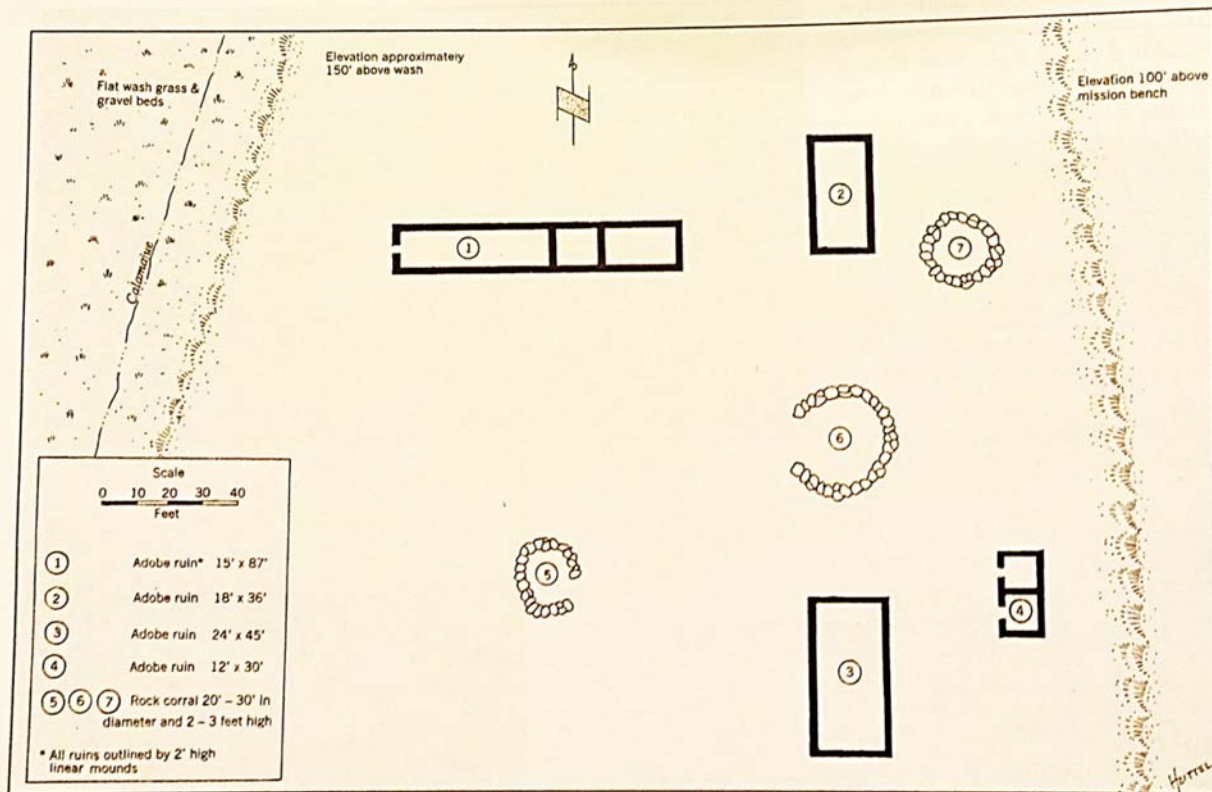


Figura 8. Mapa del CINAHBC – PROCEDE elaborado por la Sección de Monumentos Históricos del Centro INAH Baja California (Cortesía Arq. Diana Guerrero – CINAHBC).

Visita de Calamajué



The placement of the mission remnants on the bench above the broad, flat wash is shown by this field sketch made in 1999.

Figura 9. Mapa elaborado por Edward W. Vernon (2002).

constructivos, arquitectónicos y de materiales que delataran la función de cada estructura tal y como las asignaron sus edificadores. Afortunadamente, como ya se mencionó, el número de construcciones y su uso fueron descritos de manera puntual por los propios jesuitas, y su inevitable abandono por las causas ya mencionadas evitó adiciones o modificaciones posteriores de franciscanos y dominicos. El paso del tiempo con el consecuente deterioro de sus edificaciones ha ido acarreado a través del tiempo diversas interpretaciones de cuál fue el uso de las ruinas ahora visibles, pero definitivamente en nada aclaran cuál edificación era el almacén con su puerta de madera, la capilla, la habitación de los padres y la casa de los soldados. Estos cuatro cuartos son visibles todavía en forma de montículos.

Existen solamente dos menciones que inquietan el probable uso a través de las ruinas visibles. Uno es el de William Gabb que para el momento en el que estuvo ahí en 1866 observó “tres o cuatro” edificaciones construidas en adobes. Gabb refiere que la iglesia era una estructura pequeña de alrededor de 4.5 m de ancho por 7.62 m (15 pies de ancho por 25 de largo) en el que una porción de masas de adobe caídos mostraban el lugar donde alguna vez había estado el altar (Crosby 1974:156).

Para Edward W. Vernon, de las cuatro estructuras de adobe que conforman los montículos misionales, el montículo más largo de 27 m de largo por 4.5 m de ancho (90 pies de largo y 15 de ancho), y dividido en tres secciones, una conforma la capilla de 4.5 m de ancho por 14.6 m de largo (15 por 48 pies de largo) con su entrada al oeste; mientras que los otros dos cuartos eran la sacristía y el almacén, todo en esta sola edificación. A los otros tres cuartos no les asignó un uso



Figura 10. Trabajos de mapeo en la Misión de Calamajué (foto: Antonio Porcayo).

específico (Vernon 2002:185-186). Así que en ambos casos es claro que solamente se identifica la capilla y las dimensiones únicamente coinciden en el ancho. El almacén lo integra Vernon a la misma capilla, no como una edificación separada, tal y como lo mencionan los jesuitas, aparte de que agrega una sacristía que en ninguna fuente histórica se menciona.

En preparación de un futuro trabajo de excavaciones arqueológicas del Centro INAH Baja California para de entrada resolver toda esta problemática, el mes de octubre del 2015 se realizó el primer levantamiento topográfico de la misión con el apoyo del Ingeniero Fernando Montoya de la Compañía Ingeniería X-trema, utilizando una estación total (Figuras 10 y 11). Así mismo se hizo recolección de algunos materiales de superficie diagnósticos, entre los que se encontraron fragmentos de porcelana, todo con miras a fortalecer y plantear adecuadamente el futuro proyecto (Figura 12).

Con ésto y contrastando la información hasta ahora recopilada ahí y en otras misiones del Estado de Baja California, se hace una nueva propuesta hipotética para identificar el uso de las edificaciones a través de los números asignados a las estructuras del levantamiento topográfico (ver Figura 13):

1. Sería la capilla debido a que las dimensiones coinciden más o menos con las descritas por William Gabb, quién entre las ruinas sí alcanzó a ver el altar, además, es interesante notar que la orientación norte-sur de la estructura es la misma que la de las edificaciones jesuitas de San Francisco de Borja y Santa María de los Ángeles, cuyos altares se encuentran también al norte.
2. La habitación de los padres pues está conformada por dos pequeños cuartos en una sola estructura, quizá uno para el padre Victoriano Arnés y el otro para Juan Díez.
3. La casa de los soldados que debió ser una edificación grande ya que como se mencionó los padres llegaron con diez de éstos y necesitaban un lugar amplio donde pernoctar.
4. Quedando solamente la que debería corresponder al almacén. Este montículo presenta hacia el oeste una depresión exactamente al centro que pudo para haber servido para adosar la única puerta de madera que, como se dijo, contaban los jesuitas.

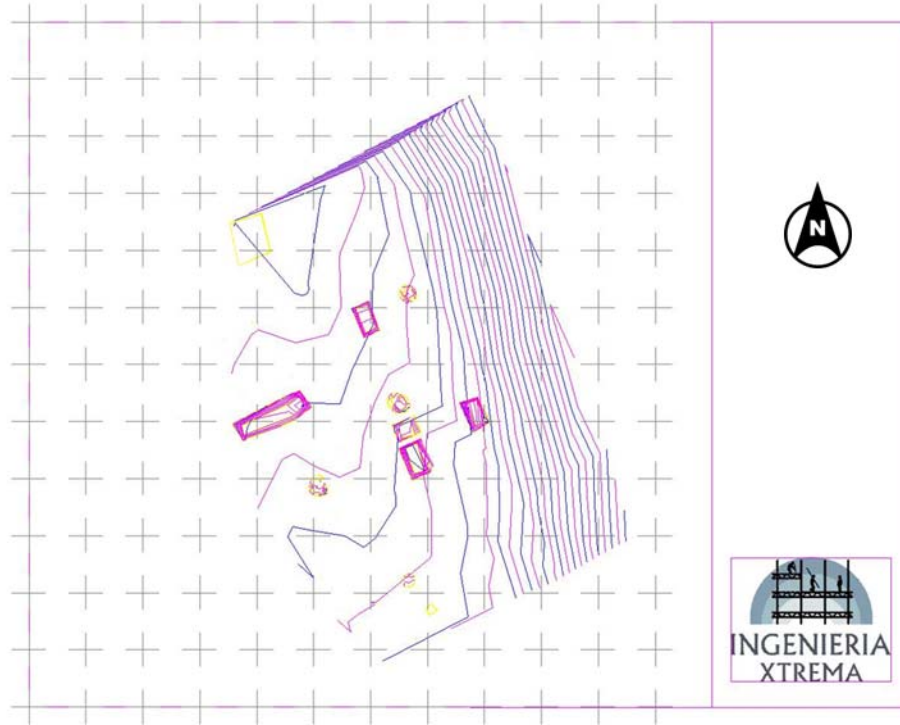


Figura 11. Levantamiento topográfico de la Misión de Calamajué (cortesía: Ingeniería Xtrema).



Figura 12. Fragmentos de porcelana encontrados en la Misión de Calamajué (foto campo: Antonio Porcayo; fotos gabinete: Isidro Madueño).



Figura 13. Propuesta hipotética para identificar el uso de las edificaciones de la Misión de Calamajué.

Sin embargo, como ya se mencionó, solamente con futuras excavaciones arqueológicas se podrá definir ésto.

Sus entornos

Definitivamente no es posible en la actualidad entender la Misión de Calamajué y el impacto que tuvo en la zona y la numerosa vida indígena a la llegada de los jesuitas si la aislamos de sus entornos arqueológicos y naturales. Como ya se mencionó, diversos parajes fueron explorados con guías cochimís por los jesuitas Fernando Consag, Wenceslao Linck y, finalmente, por Victoriano Arnés, en una búsqueda infructuosa de un lugar adecuado para la tan deseada edificación que protegiera su esfuerzo misional entre San Francisco de Borja y el paraje de Velicatá, donde los franciscanos acabarían fundando la primera y única misión en Baja California, la de San Fernando.

Parajes con agua fueron explorados entre los meses de octubre y noviembre del 2015 por el que aquí suscribe. Uno que llama en particular la atención es el que se encuentra camino a la Mina de “La Turquesa”, entre San Luis Gonzaga y Calamajué, lugar donde el agua es igual de abundante o más que en Calamajué, pero su entorno completamente rocoso hace imposible cualquier tipo de cultivo, y la falta total de follaje impide el mantenimiento de cualquier tipo de ganado. Es muy posible que este paraje haya sido conocido por los jesuitas ya mencionados, aunque no se encontró huella arqueológica alguna en las dos visitas que se hicieron. Sin embargo,



Figura 14. Paraje de “La Turquesa” (fotos: Antonio Porcayo).

el estar ahí es ponerse en contacto directo con ese momento y con esa frustrante realidad de no tener lo deseado para lograr la misión (Figura 14).

La única evidencia del paso de ellos o de los franciscanos encontrada, es un pedazo de pedernal que sirvió para algún arcabuz o pistola de chispa de los soldados que acompañaban a los misioneros (Figura 15). Este se encontró camino a la Misión de Santa María de los Ángeles al este del Arroyo de las Arrastras en el año de 2010, inmediato al entonces camino de terracería, lo que confirmaría lo escrito por Harry Crosby en el sentido de que esa terracería se sobrepuso, en buena parte, al camino misional entre Calamajué y Santa María de los Ángeles (Crosby 1974:156).

En contraste a esa búsqueda desesperada en estos entornos por parte de los misioneros, recientemente el Centro INAH Baja California ha hecho el registro y excavación de diversos y numerosos tipos de sitios arqueológicos prehistóricos y quizá contemporáneos al momento misional de los indígenas que habitaban ahí desde miles de años atrás (Porcayo s.f.). Sitios con pinturas rupestres, abrigos con ocupación doméstica, campamentos a cielo abierto, talleres líticos, hornos agaveros, artefactos aislados, etcétera, todos abundantes, nos hablan del éxito adaptativo, armónico con su entorno, de los indígenas; éxito definitivamente y abruptamente interrumpido de manera irremediable a la llegada de los religiosos, que tras el colapso del sistema misional y con las epidemias esparcidas en la zona, trajeron consigo en consecuencia un total abandono humano.

En los trabajos arqueológicos en estos sitios indígenas no se encontró ningún tipo de huella dejada por los misioneros jesuitas, quizá por lo efímero de su paso y el abandono de este “tramo” por los franciscanos y dominicos, quienes prefirieron llegar en barco a la Bahía de San Luis Gonzaga y tomar una ruta más al norte que llevara a San Fernando Velicatá. Solamente, como ya se mencionó, son las ruinas de un puñado de mineros que arribaron a la zona en el siglo XIX y principios del XX, que reflejan, arqueológicamente hablando, el arribo de gente nueva por medio



Figura 15. Pedernal de arcabuz encontrado en el Arroyo Las Arrastras en el año 2010 (foto: Isidro Madueño).

de la existencia de algunos asentamientos escasos, ahora también todos abandonados, que permitieron el tránsito de las pocas personas que se arriesgaban a transitar por todavía estos parajes olvidados y desolados como consecuencia de la actividad misional.

Camino Real Misionero (planes a futuro)

Definitivamente declarar el Camino Real Misionero de las Californias como Itinerario Cultural Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO y el ICOMOS, sería sumamente importante para lograr la conservación, la investigación y la difusión de la historia, la arqueología y los paisajes culturales en los que se encuentran inmersos lugares y entornos como los de la Misión de Calamajué.

Esto podría, en el caso de estudio aquí abordado, resolver cuestiones como la definición de los espacios de la misión utilizando la arqueología y las fuentes históricas. Permitiría con los artefactos recuperados saber cuáles de estos son los característicos de la etapa jesuita, ya que salvo el caso de Santa María de los Ángeles, ocupada brevemente por los franciscanos, todas las misiones de la península tienen las ocupaciones y modificaciones arquitectónicas y estructurales franciscanas, dominicas y parroquiales seculares posteriores, que traen en consecuencia, particularmente para el ahora Estado de Baja California, que el periodo comprendido entre la expulsión de los jesuitas, la breve estancia de los franciscanos y el arribo de los dominicos, sea muy difícil de definir, como en el caso de Santa Gertrudis, San Borja y San Fernando Velicatá. En esta última, todavía más complicado, porque existió un esfuerzo notable y deliberado de parte de los dominicos de no dejar evidentes restos de las edificaciones franciscanas, quizá motivado por una pugna que he referido en anteriores trabajos relacionada con el culto y defensa de la Virgen de la Inmaculada Concepción de los franciscanos (inmaculistas), en contra de los dominicos (maculistas) (Porcayo 2015). Es bajo este enfoque que los materiales arqueológicos de Calamajué permitirían entender los contextos, como ya se mencionó, de las otras misiones ligadas por el Camino Real Misionero en el que transitaban las personas, los objetos y utillaje diverso que transportaban.

Sería importante también mapear adecuadamente el Camino Real Misionero entre San Borja, Calamajué, Santa María de los Ángeles y San Fernando Velicatá, pues es el último tramo de un camino formal del esfuerzo misional de los jesuitas. Así mismo existen diversos parajes mencionados por los misioneros que deben de ser relocalizados en la zona de Calamajué y entre



Figura 16. Sr. Jorge Enrique Corral Sandez (Coco's Corner) (foto: Antonio Porcayo).

los que se encuentran las numerosas rancherías donde habitaban una cantidad considerable de indígenas, como la de Calamajué o San Pedro y San Pablo, la ranchería de Guadalupe (Carta de Fermín Francisco de Lasuén a Francisco Palou), y la de San Luis Gonzaga.

En las relaciones misionales jesuitas y franciscanas también se menciona un paraje, el de San Francisco, del que todavía no se tienen identificadas sus ruinas – y que para el que aquí suscribe fue la verdadera visitación y no Calamajué, esta última que siempre fue referida por ambas órdenes religiosas como la misión – y que en el caso de San Francisco era paso obligado en el Camino Real para pernoctar entre Calamajué y Santa María de los Ángeles (Crespí 2001; Mathes 1983).

Actualmente se realizaron entrevistas al Sr. Jorge Enrique Corral Sandez (Coco's Corner), último sobreviviente en toda esta zona, quien conoció a los pocos antiguos mineros que ahí vivieron, y de quien se ha obtenido información muy valiosa sobre el tramo en cuestión, Calamajué – San Francisco – Santa María de los Ángeles. San Francisco es un paraje incluso para él, que conoció a esos antiguos mineros de la zona, desconocido (Figura 16). En las cartas topográficas y mapas se marcan tres pequeñas montañas como la zona de San Francisco, sin embargo, las ruinas más inmediatas son las del campamento donde se molía el mineral para obtener oro de la mina Las Arrastras de Arreola.

Finalmente es importante seguir entendiendo y estudiando el impacto misional sobre las poblaciones indígenas ahí existentes a su llegada, pero es un hecho, para el que aquí suscribe, que es evidente, arqueológicamente hablando, que el abandono y desolación actual es directamente resultado de la actividad misional comenzada por los jesuitas en la zona al congregarse a la población

indígena, cambiar su modo de vida, patrón de asentamiento, desplazarlos a territorios que no eran los suyos para fundar nuevas misiones, en consecuencia conflictuándolos, diezmándolos con sus epidemias y finalmente abandonando a los pocos sobrevivientes a su suerte una vez colapsado todo el sistema misional con el advenimiento del México independiente.

Es así y como se ha mostrado que la arqueología e historia de la zona de Calamajué es rica como lo es para todo el Camino Real Misionero de las Californias, lo único que falta para conocerla y darle su lugar es financiamiento. El declararlo como Patrimonio de la Humanidad como Itinerario Cultural es una oportunidad única que debemos de trabajar y lograr todos los involucrados.

Bibliografía

Álvarez de Williams, Anita

2001 “Calamajué”, *Camino Real Misionero de las Californias* 1(1):22-29.

Barco, Miguel del

1988 *Historia natural y crónica de la Antigua California*, Universidad Nacional Autónoma de México.

Clavijero, Francisco Javier

2007 *Historia antigua de México*, Editorial Porrúa, México.

Crespi, Juan

2001 *A description of distant roads: original journals of the first expedition into California, 1769-1770*, San Diego State University Press.

Crosby, Harry

1974 *The King's Highway in Baja California: an adventure into the history and lore of a forgotten region*, Copley Books, San Diego.

De La Torre Villalpando, Guadalupe y Juan Antonio Siller Camacho

1986 *Catálogo nacional de monumentos históricos inmuebles – Baja California*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Mathes, Michael

1983 “El establecimiento de la ruta transpeninsular”, *Calafia* 4(8).

Porcayo Michelini, Antonio

2015 “The Immaculate Conception, Father Junípero Serra, and the bifacial crucifixes of San Fernando Velicatá, Baja California”, *California Mission Studies Association Boletín* 31(1).

s.f. *Informe final del salvamento arqueológico carretera Mexicali–Laguna Chapala, tramo Puertecitos–Laguna Chapala km 170+500 al km 203+238*, Centro INAH Baja California, Mexicali.

Vernon, Edward W.

2002 *Las misiones antiguas / the Spanish missions of Baja California*, Viejo Press, Santa Barbara, California.